

## FUENTES

### LAS HOMILÍAS ESPIRITUALES DEL SEUDO-MACARIO<sup>116</sup>

#### *Introducción: Noticias sobre el autor*

Durante siglos las “50 Homilías espirituales” se atribuyeron al monje Macario el Egipcio. Este Padre del desierto, del cual se conservan algunos apotegmas, es mencionado por Casiano y por la “Historia de los monjes” vertida al latín por Rufino, pero nunca se alude a alguna actividad literaria de él. Las famosas homilías difícilmente las puede haber escrito aquel áspero y rudo asceta, sin ninguna cultura literaria; ellas no reflejan el ambiente del desierto, ni son del siglo IV, en que vivió Macario.

El para nosotros desconocido autor se revela como un hombre de gran saber y refinamiento espiritual, conocedor de las obras de orígenes y de los Capadocios. Su método literario refleja formación de tipo bizantino, casi cortesano. Los eruditos lo conciben como viviendo en un ambiente sirio y sus alusiones a luchas fronterizas con los persas los lleva a ubicar su probable residencia en la ciudad de Edesa o sus alrededores.

El tema principal de sus homilías es la búsqueda de la unión con Dios, que explica a un grupo de monjes que llevaban vida comunitaria y de los cuales él era posiblemente el superior. Los ideales cenobíticos aparecen claramente en la homilía tercera que transcribiremos más abajo.

Su obra puede ser calificada como un considerable acumulación de material de Teología mística, original, brillante y profunda, pero sin mucho sistema y abundante en interpolaciones que provienen de discípulos. Stoffels ha tratado de establecer el plan de la mística del Seudo-Macario, constatando en primer lugar que se mueve dentro de la línea de la espiritualidad de los cuatro primeros siglos de cristianismo. Carga notablemente el acento sobre la experiencia mística, concebida de modo sensible como sentimiento de plenitud, gozo, reposo, luz. Al lado de esto la vida sacramental queda como relegada a un segundo plano. La unión con Dios es vista bajo la imagen de luz profunda y escondida, en contraste con la mística nocturna, típica del Seudo-Dionisio y de Gregorio Niseno. El autor revela un conocimiento profundo de la Escritura, especialmente del Nuevo Testamento. Se han querido ver en él tendencias de tipo semipelagiano, que no conviene juzgar a la luz de una ortodoxia definida posteriormente. Pero sus rasgos espirituales más destacados lo emparentan con el mesalianismo.

Todo esto ha llevado a Dörries a sostener la tesis de que el autor de las “Homilías” sería nada menos que Simeón de Mesopotamia, discípulo de los capadocios y padre del movimiento mesaliano.

El mesalianismo (del sirio “messalein” = hombres que oran; en griego: “euchitai” = “orantes”, de “euché” = oración) es un movimiento de entusiasmo religioso, que subraya con cierta unilateralidad la acción del Espíritu Santo en las almas. Surgió alrededor del año 350 en Edesa de Mesopotamia y se propagó especialmente por Siria y Asia Menor. El mesalianismo no está exento de elementos dualistas, de origen maniqueo. La inhabitación de Satanás en las almas, incluso de los bautizados, sólo puede ser eliminada, según los mesalianos, por la oración constante, cuyo fin es la unión mística con Dios. La gracia es para ellos una experiencia espiritual sensible. Por ello Hausherr califica su espiritualidad de “escuela de lo sobrenatural consciente”. Según Teodoro de Ciro los mesalianos atribuían gran importancia a los sueños, al entusiasmo religioso y a las profecías.

El catecismo de este movimiento espiritual fue el llamado “Ascetikon” de Simeón de Mesopotamia, compuesto entre los años 390 y 430, y condenado por el Concilio de Éfeso el año 431. El alto valor

---

<sup>116</sup> Introducción, selección y traducción por monjes de Las Condes.

espiritual de muchos de sus pasajes hizo nacer el deseo de conservar la obra en forma aceptable para la ortodoxia, expurgándola de trozos manifiestamente contrarios a la doctrina de Efeso y poniéndola al abrigo de un nombre de autor enteramente exento de sospechas. Según la teoría de Dörries, esta obra refaccionada y corregida por las manos de discípulos devotos, serían nuestras “Homilias espirituales” y ello explicaría el carácter muchas veces incoherente de más de uno de sus pasajes. En todo caso, ya en el siglo VI todo el mundo atribuía las homilias y varias cartas y tratados espirituales a Macario el Egipcio.

Su influencia en todos los autores místicos posteriores fue considerable y no sólo en la antigüedad, sino también en épocas más recientes. Se descubren sus huellas hasta el pietismo germánico. John Wesley, fundador del metodismo (1703-1791), tradujo al inglés 22 de sus homilias y se inspiró en ellas para la composición de sus himnos religiosos y para fundamentar doctrinalmente su movimiento de los “Revivals” o reuniones de “Despertar religioso”. A través del metodismo, la influencia del Seudo-Macario se hizo sentir también en el movimiento pentecostal.

Las homilias pueden (y deben) ser interpretadas en un sentido perfectamente católico, ya que sus diferencias con la espiritualidad actual radican más en ciertos acentos unilateralmente repartidos, que en una diversidad doctrinal.

Las 50 *Homilias* espirituales más antiguas nos son accesibles en una edición alemana de la *Bibliothek der Kirchenväter*, Kempten 1913. La traducción es de Dionys Stiefenhofer. En 1964 se hizo en Berlín la edición crítica por Dörries, Klostermann y Kroeger, editorial Walter de Gruyter. Desde luego existe también la edición de la *Patrología griega* de Migne, tomo 34. En 1961 se habían publicado en el Akademie Verlag de Berlín, bajo la dirección de Klostermann y Berthold, 28 Homilias encontradas con posterioridad a las 50 primeras. Se las conoce bajo el nombre de “Nuevas Homilias”.

Poseemos también una traducción francesa de 5 homilias del SeudoMacario, publicadas por el P. Placide Deseille, ocs, en su obra “L’Evangile au désert” (Du Cerf, Paris 1965). Un excelente estudio de P. Miquel, osb, abad de Ligugé, aparecido en la revista “Irénikon” (1966, pp. 497-513), nos orienta sobre “los caracteres de la experiencia espiritual según el Seudo-Macario”.

La traducción que ofrecemos fue hecha en base a las versiones francesa y alemana, comparando en casos dudosos con el texto griego.

### *Homilía III<sup>a</sup>: La vida cenobítica*

1. Los hermanos deben vivir en comunidad dentro de una gran caridad, ya recen, ya lean la Escritura, ya se dediquen a algún trabajo, a fin de mantener el fundamento del amor mutuo. únicamente así puede uno aficionarse a tales ocupaciones y todos, los que rezan, leen o trabajan pueden edificarse mutuamente viviendo en lealtad y sencillez,

¿Por qué, en efecto, está escrito: “Hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo”? (*Mt* 6,10). Para que los hermanos en sus relaciones imiten a los ángeles del cielo, que viven en una concordia perfecta, en la paz y en la caridad, que no conocen la altanería, ni la envidia, sino que practican mutuamente la caridad y la simplicidad.

Si a veces llegan a ser treinta que viven juntos, no pueden permanecer reunidos todo el día y toda la noche; algunos, en efecto, se dedican a la oración durante seis horas, y quieren leer: otros prestan servicios, otros aún se ocupan personalmente en algún trabajo.

2. En todo lo que hacen los hermanos deben manifestarse caritativos y alegres los unos con los otros. Así el que trabaja debe decir del que reza: “El tesoro que mi hermano adquiere me pertenece también, ya que es común”. Por su lado; el que reza tiene que decir del que lee: “El provecho que saca de la lectura me enriquece también a mí”. Y el que trabaja debe decir a su vez: “El servicio que cumplo

aprovecha a la comunidad”.

Los numerosos miembros del cuerpo no forman mas que un solo organismo y se mantienen mutuamente cumpliendo cada uno su misión: el ojo ve para todo el cuerpo, la mano actúa por los otros miembros, el pie camina por todos y los lleva y otro miembro sufre por el conjunto. De modo semejante los hermanos deben comportarse los unos con los otros.

El que reza no debe juzgar al que trabaja, porque no reza, El que trabaja no debe decir con tono de reproche: “Aquel se alarga en la oración, en cambio yo trabajo”. Que el que sirve no juzgue a los demás. Al contrario, cada uno, haga lo que haga, obre siempre para la gloria de Dios, El que lee pensará con amor y alegría en aquel que reza, diciéndose: “Reza por mí”. Y el que reza pensará respecto de aquel que trabaja: “Lo que hace, lo hace en provecho de la comunidad”.

3. De esta manera la concordia, la unión y la armonía formarán entre ellos el vinculo de la paz que los soldará juntamente, Gracias a estas disposiciones podrán vivir en la sencillez y la transparencia mutuas, bajo la mirada benevolente de Dios. Sin embargo, el deber principal es consagrar a la oración todo el tiempo prescrito, Hay algo más todavía: Todos deben poseer un tesoro en su alma, a saber, la presencia viva y espiritual del Señor y al trabajar, al rezar o al leer deben poder decir que están en posesión de ese bien imperecedero que es el Espíritu Santo.

Algunos dicen: “El Señor reclama de los hombres sólo frutos visibles; en lo que al interior se refiere, Dios mismo lo ordena”. Pero no hay tal. Al contrario, hay que ganar el combate y hacer guerra también contra los propios pensamientos, así como uno se protege del hombre exterior (= el cuerpo). Pues el Señor te exige que te enojas contigo mismo y que luches contra tu propio juicio y que no apruebes complacientemente los malos pensamientos.

4. Además, sólo el poder divino es capaz de suprimir radicalmente el pecado y el mal que le sigue. Porque es absolutamente imposible al hombre extirpar por sí mismo el pecado. Puedes luchar, resistir, dar y recibir golpes; Dios nomás puede arrancar las malas raíces. Pues si fueses capaz, ¿para qué habría servido la venida del Señor? Así como el ojo no puede ver sin luz, ni podemos hablar sin lengua, ni oír sin oídos, ni caminar sin pies, ni trabajar sin manos, no puedes ser redimido ni entrar en el reino de los cielos sin Jesús.

Si dices: “Ya que evidentemente no fornico ni cometo adulterio, ni soy avaro, merezco el título de hombre justo”, te equivocas al creer que hiciste todo. No existen únicamente tres, sino innumerables especies de pecados que se deben evitar. ¿De dónde vienen, pues, la arrogancia, la temeridad, la incredulidad, el odio, la envidia, el fraude y la hipocresía? ¿No debes batallar también contra esos enemigos y luchar contra los pensamientos ocultos? Si un ladrón entra en tu casa y te asedia sin darte tregua, no dejas de oponerle resistencia; repartes y recibes golpes. Igualmente el alma también debe defenderse, resistir y contraatacar.

5. Por lo demás, la voluntad que resiste se afana, soporta la adversidad, recupera poco a poco la ventaja; cae y se levanta. Nuevamente el pecado la arroja en diez, hasta veinte batallas; la vence y la sojuzga, pero luego de un tiempo, el alma, en un solo combate, toma su desquite definitivo. Si entonces el alma persevera, si no afloja en ningún dominio, restablece su fuerza y su tino y termina por vencer al pecado. Verdaderamente el pecado mantiene al hombre en su poder hasta que haya adquirido “la perfección del hombre y la plenitud de la edad” (*Ef 4,15*) y haya vencido completamente la muerte. Pues está escrito: “El último enemigo destruido es la muerte” (*1 Co 15,26*). Así los hombres obtienen la superioridad e infligen una derrota al diablo.

Pero si alguno, como se dijo mas arriba, hace valer que le basta no ser ni fornicador, ni adúltero, ni avaro, hay que concederle que ha combatido contra esos tres géneros de pecado; pero ha dejado sin combatir los otros veinte que se levantan contra el alma y lo vencen. Por lo tanto, ha de preocuparse de todas las especies de pecado. Pues la conciencia, lo hemos dicho a menudo, tiene tanta fuerza como el pecado al que se opone. Puede, en consecuencia, contradecir y rechazar los pensamientos que le

presenta.

6. Mas si pretendes que el poder enemigo es más grande y que la malicia domina completamente al hombre, atribuyes una injusticia a Dios, que habría condenado a la humanidad por haber sucumbido a Satanás. Has hecho en este caso al demonio más grande y más fuerte que el alma. Escúchame para terminar. Si un' joven luchase con un niño y este fuese condenado en caso de ser vencido por el joven, sería una injusticia evidente. Por eso afirmamos que la voluntad humana es un adversario de igual medida. Un alma de buena voluntad obtiene ayuda y apoyo y se la considera digna de redención. Ya que no hay verdadera lucha y verdadero combate más que con igualdad de fuerzas.

### *Homilía LVI: El estado monástico*

1. Debemos saber lo que es un monje y por cuál manera de vivir merece verdaderamente ese nombre. Vamos, pues, a hablar según lo que Cristo nos enseña.

En primer lugar se lo llama así porque está solo, se abstiene de mujer y ha renunciado al mundo interior y exteriormente: exteriormente, esto es, a las cosas exteriores y mundanas; interiormente, es decir, a las representaciones de las mismas, de modo que no admite ya los pensamientos de las preocupaciones del mundo.

En segundo lugar se lo llama monje porque invoca a Dios en una oración incesante, con el objeto de purificar su espíritu de los pensamientos numerosos y malos, y para que también su espíritu llegue a ser “monje”, solo delante del verdadero Dios y no admitiendo ya los pensamientos que provienen del mal; al contrario se purifica enteramente como conviene, y permanece límpido delante de Dios.

2. La resolución de este hombre, implica efectivamente todo esto. Si, pues, se resuelve a seguir al Señor solo, que extirpe de sí mismo las pasiones y los pensamientos malos, y, purificado de esa manera, implantará dentro de sí los frutos del Espíritu Santos a saber: caridad, alegría, paz, longanimidad, servicialidad, bondad, confianza en los demás, dulzura, dominio de sí. El Apóstol dice al respecto: “Frente a tales cosas, no hay ley” (*Ga 5,22-23*).

En la medida en que Dios ve que la resolución de un hombre es dedicarse a Él y acercarse a Él, sin dejarse distraer por nada y sin descanso, en esa misma medida lo colma de su gracia y lo enriquece. Por el contrario, en la medida en que ve que nuestra resolución es posponerlo y alejarnos de Él, dejándonos distraer por las cosas materiales, en esa misma medida se retira y ya no nos toma en cuenta. Sin embargo, no se necesita más que nuestra resolución, puesto que está siempre presto a apiadarse e iluminarnos, con tal que queramos darnos enteramente.

3. Es, en verdad, conforme a la naturaleza del alma creada por Dios el amarle y entregarse a Él. Pero el cuerpo sacado de la tierra, piensa en lo que hay en la tierra. Lo que es más, es llevado de Satanás, y arrastra alma y entendimiento hacia los pensamientos terrestres. El monje tiene, pues, que estar dotado de discernimiento y estar alerta en este punto, para no ser vencido como por la espalda, a causa de su ignorancia.

4. Debemos aún aprender el sentido de la palabra de Cristo: “Toma tu cruz y sígueme” (*Mt 16,24*). No creamos que debemos suspendernos al madero y de ese modo seguir al Señor; sino que el monje debe crucificarse a las cosas del mundo, renunciando a ella; más aun, debe crucificar su intelecto en la oración, a fin de no descuidar su salvación. Ya no se trata solamente de rechazar los pensamientos malos, sino de usar de discernimiento y saber que vienen del Maligno. Luego, se debe librar el entendimiento de toda distracción para que no sea turbado. Porque si uno no se despeja, en vano reza; puesto que el entendimiento se extravía aquí y allá, y, por más que rece, su oración no va a subir hasta Dios, ya que, si su oración no es pura y no va acompañada de una plena certeza de fe, tampoco Dios la va a aceptar.

5. Por sí mismo el monje no tiene fuerza ni poder para resistir al diablo, extirpar por sí mismo los pensamientos del pecado, cumplir la voluntad de Dios, guardar sus mandamientos y combatir las pasiones. Lo único que está en su poder es la resolución de darse a Dios, de rogarle e invocarle con el fin de que lo purifique de Satanás y de sus influjos, y que se digne venir a su alma por su gracia y reinar en ella, que cumpla en el sus propios mandamientos y su propia voluntad, que le confie todas las virtudes que hacen al justo: primero, la fe verdadera; después la oración eficaz, una caridad que ponga en movimiento toda su alma y todas sus fuerzas, la esperanza, el ayuno, el dominio de sí, la humildad, la dulzura, la longanimidad, la perseverancia. Después de esto el agraciado con todos estos dones ya no podrá gloriarse y decir: “Soy yo quien llegué a tales resultados”, sino dar gracias al Señor en todo, porque es Él quien, invocado, obró esos resultados. Efectivamente, la perseverancia en la oración obtiene muchos frutos. En cambio la despreocupación, que es el regalo de Satanás al hombre, produce en el alma gran oscuridad y tinieblas, aleja al hombre de Dios y cautiva su inteligencia.

6. Debemos, pues, estar vigilantes, escoger el bien que nos salva, amar a Dios y amarnos mutuamente, no sólo con palabras, sino de verdad. Ahora bien, esta caridad el monje la adquirió gracias a la oración y la completó con sus obras; puesto que todo precepto encuentra en ella su cumplimiento. La ley escrita expone muchos misterios de manera escondida; pero el monje los descubre si se dedica sin interrupción a la oración y a la conversación con Dios, y la gracia le revelará misterios aun más profundos que los que contiene la Escritura. Por la sola lectura de la ley escrita no se llega a resultados comparables a los que se consiguen orando a Dios, pues todo obtiene su plenitud de la oración. Quien haya escogido esta porción ya no necesita leer las Escrituras, porque sabe que todo encuentra su realización en la oración.

7. Con respecto a las pasiones malas, las enfrenta y se hace violencia para triunfar, sin conseguirlo. Pero sí se aplica constantemente a la oración y a la suplica, y se vuelve totalmente a Dios, Éste las exterminará, puesto que el monje puso en Él todos sus cuidados.

Después la gracia de Dios realizará en él numerosas acciones. A menudo alcanzara consolación. Entonces lo inundara un amor apasionado, una alegría inefable, de manera que derramará lágrimas y si pudiera, el alma dejaría el cuerpo y se iría hacia el Señor.

A veces el alma se regocija interiormente bajo el efecto de la gracia del Señor, ya que es a la vez exigente en todo y liberal. A menudo, sin embargo, el consuelo se va y la gracia del Señor permite a Satanás que le combata. Este excita las pasiones malas, le trae la somnolencia, la *acedia*, la debilidad espiritual y muchas otras cosas que uno no podría expresar. Todo esto para que, en la aflicción y en la pena, invoque al Señor con una fe inmovible y le suplique con todas sus fuerzas. Cuando el hombre persevera y verdaderamente busca la misericordia de Dios, entonces la gracia aparta de él todas las vejaciones del enemigo; le alegra el corazón a su gusto y le purifica de todo artificio del adversario. Dios no quiere que el hombre posea la gracia sino con el precio de esfuerzos y combates y no quiere que el hombre experimente continuamente sus dulzuras, con el objeto de que su entendimiento no se vuelva perezoso, sino que permanezca vigilante en la lucha contra Satanás. Gloria a Dios. Amén.